**Padre Berthier, Fundador.**

(Conferencia de febrero)

En el origen de una fundación está lo que se llama “un carisma” del Fundador: una gracia que le es concedida por el Espíritu Santo que dirige el Cuerpo de Cristo y lo conduce a su plenitud. Algunos reservan el nombre de carisma a las fundaciones verdaderamente características, como son las grandes Órdenes religiosas o las Congregaciones recientes como los Hermanitos de Jesús del P. de Foucauld.

Como quiera que sea, si alguien denegase al Venerable P. Berthier un verdadero carisma de Fundador, desde luego no hay duda de que poseía el carisma del apostolado, este carisma bastaría para explicar el origen de su obra.

Se ha dicho del P. Berthier que poseía el genio del apostolado. Él predica, exhorta, compone libros, inicia obras, siempre con una finalidad pastoral.

Con la llamada repetida de León XIII a favor de las misiones extranjeras, particularmente la encíclica *Sancta Dei civitas* (1880) y la carta apostólica *Praeclara gratulationis* (1894), la realización de este proyecto se convierte en pasión.

**1. La Salette y el origen de la obra.**

La actividad apostólica del P. Berthier ha conocido un giro innegable. “”Los trabajos y las misiones” se le han presentado no de la manera que él habría soñado. Justamente aquí se encuentra la gracia especial que se puede llamar su “conversión apostólica”. Pero dejémosle hablar: “Cuando la humilde Congregación de los Misioneros de La Salette acoge algunos chicos, con la esperanza de tenerlos para siempre, no hace otra cosa que seguir la tradición de siglos de fe, la enseñanza de los grandes doctores católicos, e imita lo que se practica en el día de hoy con resultados positivos en gran número de congregaciones recientes. Haciendo esto, pensamos entrar en las intenciones de la Virgen en la Salette que se ha servido de dos chiquillos para “hacer llegar a todo su pueblo sus lecciones y sus lágrimas” (Annales, agosto 1876, p. 611). Lo que merece la pena de ser subrayado fuertemente en este texto es su modo particular de entender el mensaje de la Salette. Según él, el mandato de la Virgen **“ahora, hijos míos, hacedlo llegar a todo mi pueblo**” se sigue dirigiendo a los niños, este grupo de “Maximino y Melania” que esperan en los cruces de camino de la vida que alguien los tome para la viña del Señor*. María, escribe él, quería establecer en la montaña un hogar de apostolado.*

En la montaña de la Salette, el Venerable P. Berthier ha descubierto un secreto apostólico nuevo, un medio de ser apóstol con una potencia multiplicada. Durante toda su vida misionera, se ha hecho un apóstol infatigable de Nª Sª de la Salette.

Es fácil entender por qué ha conservado siempre una profunda devoción a Nª Sª de la Salette: a ella le debía la orientación de su vida y su actividad apostólica.

Aún más. La gracia recibida en la Salette es una gracia no sólo personal, sino concedida a favor de la obra que iba a fundar bajo el impulso de esta gracia. Pedir a sus discípulos que lo recuerden, es sobre todo una forma de acción de gracias por este ser de origen sobrenatural que es el nacimiento de un instituto religioso en la Iglesia. Evocar el recuerdo de Nª.Sª. de la Salette no tendría ningún sentido fuera de esta acción de gracias por este gran regalo del Padre. Por otra parte, hacer memoria de su origen significa para una fundación volver a la frescura de la fuente, sumergirse en esta limpieza del espíritu evangélico del que surgía, y ver si ha conservado su dinámica original.

No debe sorprender por tanto, que la memoria saletina había sido querida por el Fundador como “constitutiva” del recuerdo de sus discípulos. (Cf. La Vie et l’Esprit du P. Berthier, J.M. De Lombaerde, p. 272).

**2- ¿Obra o Instituto religioso?**

Para hacernos una idea precisa sobre la idea del P. Berthier respecto a su fundación, debemos leer las primeras Constituciones. Ahora bien, ¿Berthier ha querido fundar un instituto religioso o una obra? En efecto, en algunos números de las primeras Constituciones habla fácilmente del Instituto y de la obra como dos cosas diferentes. No es raro verlo usar la palabra obra cuando habla del Instituto como tal. Tomemos dos ejemplos concretos, en los números 17 y 18 de las Constituciones que no retomo aquí.

En el nº 17, Instituto y obra son bien distintos, y el P. Berthier pide a los miembros del Instituto de vigilar por el desarrollo de la obra. El primero viene presentado como actor y la segunda como el destinatario, el objeto dela acción de los miembros del Instituto.

En el nº 18, por el contrario, obra e instituto parecen tener el mismo significado en las expresiones: “el primer fin de la obra” y “el fin principal del Instituto”. Estas son las dos expresiones que él utilizaba para hablar de su fundación y de los que no siempre es fácil establecer la distinción.

Pero pienso que esta situación se explica por el hecho de que en un primer momento él quería realizar esta obra en su propio Instituto de la Salette. Pero pronto, su Protector le animó a realizar su proyecto de un modo independiente. Este cambio se hace en 1903, con la súplica dirigida al papa León XIII, en la que le pide reconocer la obra como un “Instituto regular dependiente directamente de la Sagrada Congregación de Propaganda”? Seguidamente, después del Decretum laudis de 1911, que reconoce oficialmente la fundación, la expresión “obra” desaparece progresivamente y en adelante se habla de Instituto religioso o de congregación religiosa.

1. **Un Instituto para las vocaciones tardías y para las misiones**

Desde el inicio de la fundación, parece que las mayores preocupaciones de Berthier estuvieron siempre claras.Dos ideas fuerza se deducenen los pasos principales de las primeras Constituciones: **la multiplicación de las vocaciones apostólicas y las misiones.**

“las fundaciones, escribe, si tienen otro objetivo que las escuelas y las misiones extranjeras, acaparan a menudo y agotan a los miembros de un Instituto, en vez de conseguir su fin. Es una fuente fecunda, es más son fuentes numerosas de las cuales tienen necesidad las congregaciones que quieren extender lejos sus ramas para la gloria de Dios. Estas fuentes son los internados o escuelas apostólicas. Para alimentarlas se debe poner todo el celo si se quiere hacer un bien grande a las misiones… Pero si las escuelas apostólicas son la esperanza de las misiones no hay un medio más eficaz para ejercitar su dedicación a las misiones mismas, sea creando recursos, sea mandando buenos miembros, sea rezando por ellas

Berthier pide a sus misioneros de tener, ante todo, la preocupación de multiplicar y cultivar las vocaciones misioneras, y esto en el seno mismo de una actividad apostólica. Él habla poco de las dificultades de los comienzos, se contenta con decir que “los primeros años fueron los menos felices”. Por su parte, Mons. Van de Ven, obispo de Bois le Duc, afirma: “después de haber visto lo que el P. Berthier ha realizado, no diré nunca que hay cosas imposibles en este mundo”. La cronología de las páginas siguientes nos dan una cierta idea de los principales problemas que ha debido vencer con coraje, inteligencia y resignación antes de conseguir los primeros frutos.

Las deserciones, la pobreza, la falta de formadores, el cuestionamiento de la propia fundación: son los principales problemas de los primeros años. Pero gracias a la ayuda determinante de dos cohermanos saletinos, el P. Patarin de 1898 a 1901, y el P. Pons de 1901 a 1905, y la ayuda fraterna de los mismos estudiantes, la obra iba creciendo poco a poco. A esto se añade el problema serio de la comunicación, porque desde el comienzo nuestro Venerable P. Berthier quería que su obra fuese accesible a jóvenes de diversas nacionalidades. Queremos subrayar que antes de su muerte, los primeros 25 sacerdotes: 15 eran alemanes, 6 franceses, 3 holandeses, y 1 belga. Esto demuestra que la mayor parte del Instituto era alemana y no hablaban su lengua.

Para favorecer la comunicación, les recomienda: “aquellos que no se esfuerzan en ayudar a sus compatriotas a aprender la lengua de la casa, carecen de caridad”. Eso significa que el contacto con sus alumnos era algo muy difícil porque debía utilizar a un intermediario. Uno de los primeros sacerdotes, el P. Augusto Stolz, atribuye el número de los que se iban al principio a este problema de la comunicación. Y afirma

“*Creo que él había admitido muy fácilmente a los candidatos. Había tantas dificultades que superar. Entre ellas, una de las más serias consistía sin duda en que no hablaba la lengua alemana y que fue siempre obligatorio remitirse al juicio de un tercero para poder hacerse una opinión sobre los alumnos alemanes. La naturaleza y el carácter alemán le eran ajenos, de manera que se excluía un contacto profundo y personal que hiciera posible una explicación mutua y un eventual diálogo. Esta habrá podido ser una de las causas de que casi todos los alumnos de los primeros años han debido ser expulsados o que se han marchado ellos mismos. A mi llegada en otoño de 1896 quedaban solo tres”*

Con anticipación, el Fundador pone en guardia igualmente a sus futuros misioneros contra el nacionalismo, tan fuerte en los años 1900 y que pudo causar daños irreparables, si no se estaba atento:

*“Es a la Sagrada Familia, escribe, a la que debemos la caridad cordial que reina entre nuestra numerosa juventud. Allí, los recién llegados son acogidos con una santa alegría; cada uno de ellos recibe a su llegada el abrazo fraterno de todos; algunos son designados para ponerles al corriente de las costumbres, y lo hacen de buen grado, de manera que el recién llegado se siente pronto en familia. Todos viven como hermanos… Esta paz que reina en la casa es tanto más admirable ya que estos jóvenes son de condiciones de vida y de nacionalidad del todo diversas, porque la obra admite todas las buenas voluntades… Se ha establecido que no se habla con desprecio de la patria o la familia de los otros, y esta regla se respeta. Si uno de nuestros jóvenes debe, por graves razones, estar lejos de la casa, no ve la hora de regresar a la alegría de su hogar religioso”*

*Y* gracias a los esfuerzos de todos y cada uno, esta unión de corazones de la que hablaba Berthier era una realidad, lo que confirman numerosos testimonios de los mismos alumnos. En el mes de agosto de 1908, pocos meses antes de su muerte, él puede decir con profunda alegría: la obra cuenta con 26 sacerdotes, 13 subdiáconos, 14 teólogos, 27 filósofos, y 87 jóvenes aspirantes a las misiones. En total 167. Después de su muerte, la Congregación pudo afrontar el futuro con una cierta serenidad.

P. Patrice Ralaivao MSF